THE HORUS HERESY®



LUCIUS:
THE ETERNAL BLADE

An audio drama by Graham McNeill



LA HEREJÍA DE HORUS

LUCIUS LA ESPADA ETERNA

GRAHAM MCNEILL

ADEPTVS‡TRANSLATES

Y



DRAMATIS PERSONAE

La Legión de los Hijos del Emperador

LUCIUS	Capitán de la 13ª compañía de los Hijos del Emperador

La Legión de los Mil Hijos

AZHEK AHRIMAN	Bibliotecario jefe y capitán de la 1ª hermandad de los Mil Hijos del culto cordivae, psíquicos del futuro
SANAKHT	Espadachín jefe de los Mil Hijos del culto cordivae, psíquicos del futuro

Lucius caminaba bajo un cielo desgarrado por tormentas. Había muerto bajo un cielo como aquel, en un templo derruido muy lejos del que la XV Legión llamaba, en un increíble alarde de simpleza, «el planeta de los hechiceros».

Los Hijos del Emperador se habían desperdigado tras la apoteosis de Fulgrim en Iydris. Algunos habían seguido al primarca, quien había decidido acudir a la llamada del Señor de la Guerra, mientras que otros se habían apropiado de naves de la legión para hacer la guerra por su cuenta. Pero un sentimiento negro y bilioso era todo lo que consumía a Lucius desde Iydris. Había muerto, pero eso no era lo que lo consumía: había sido derrotado. Un cuervo llamado Nykona Sharrowkyn lo había matado, y no había obtenido ninguna satisfacción por un logro tan excepcional; aquel desgraciado, aquel bastardo.

Lucius no sabía qué fuerza había intervenido para traerlo de vuelta, si había sido un poder superior o la ciencia lunática de Fabius, y tampoco le importaba. Ahora tenía algo que probar, sobre todo a sí mismo: que era Lucius el maestro de espadas, que no había nadie más hábil que él con una hoja.

La primera vez que había oído el nombre de Sanakht había sido de los labios de un guapo presumido llamado Hathor Maat, un legionario que a Lucius le recordaba tanto a su yo más joven que había deseado matarlo inmediatamente. Maat había asegurado que Sanakht era un estudioso de las antiguas escuelas de esgrima, un guerrero de una técnica insuperable, cuya derrota aún no había sido prevista por ninguno de los más dotados videntes de los corvidae. Lucius no sabía lo que eran los corvidae, pero estaba dispuesto a apostar a que él no había aparecido en sus visiones. Así, había abandonado al resto de su legión —si es que la chusma que Fulgrim había dejado tras de sí podía seguir llamándose de aquella manera— y había decidido buscar al tal Sanakht.

La única constante que Lucius había llegado a apreciar del nuevo mundo del Rey Carmesí es que nada había constante. Llevaba caminando lo que parecía una eternidad, pero su destino no estaba más cercano que al principio de su marcha. A veces la torre de Sanakht parecía no ser mayor que una cañonera, irguiéndose sobre una llanura de vidrio que reflejaba un cielo que no coincidía con el que se extendía sobre ella. Otras veces se alzaba entre los picos lejanos, una estalagmita de proporciones tan colosales que en sí misma era una montaña. Pero siempre estaba más allá, tentándolo, atrayéndolo. En aquel momento parecía un esbelto minarete

de marfil y madreperla con una cúspide envuelta en llamas de plata. Lo rodeaba un bosque de extraños árboles de cristal que brillaban con su propia luz enfermiza. Llamas vivas saltaban de rama en rama, titilando, como dirigiéndole burlas infantiles. El bosque creció tras él, rodeándolo a medida que avanzaba.

—¿Tienes miedo de mí? —gritó Lucius.

La llama azulada que coronaba la torre parpadeó más intensamente.

Lucius desenvainó su espada, su hoja de plata radiante. Había sido un regalo de su primarca, un arma demasiado noble para lo que iba a tener que hacer con ella. Comenzó a descargar golpes sobre los árboles de cristal, quebrando aquellos miembros luminiscentes, arrancando esquirlas con cada mandoble. Siguió adentrándose en el bosque fulgurante, donde las ramas salían a su encuentro como manos vivas y el ruido que hacían al estallar en pedazos parecía reproducido en sentido inverso. Las llamas que los cubrían parecían gritar con voces estridentes, pero Lucius las ignoró. Aquellas plantas vítreas intentaban inmovilizarlo, clavar sus dedos en él. Desenganchó de su cinturón el látigo dentado que le había robado a Kalimos y las azotó con él. Los árboles se sacudieron y se apartaron del toque agónico de aquella arma.

En un instante el bosque se abrió en un claro y la torre de Sanakht apareció frente a sus ojos. Más cerca ahora, pudo ver la mercurial llama que recorría la estructura como un ser viviente. Un guerrero en servoarmadura carmesí permanecía en pie dentro de un círculo de duelo de tierra. Dos espadas gemelas colgaban de su cinto, una de ellas con el pomo en forma de una oscura cabeza de chacal, la otra con la de un halcón blanco. Eran dos khopesh que emitían extraños fulgores, y Lucius sintió un escalofrío de excitación: enfrentarse a un nuevo tipo de hoja siempre era algo interesante.

—He oído que me has estado buscando para enfrentarte a mí, Lucius —la cara del legionario estaba oculta tras el casco que lucía una placa facial de plata.

—¿Eres Sanakht?

—Ese es uno de mis nombres, sí.

—Entonces he venido a luchar contra ti.

—¿Acaso deseas morir?

—Creo que ya lo hice una vez —rió Lucius—, y no tengo intención de probar de nuevo.

Sanakht se quitó el casco y dejó a la vista un rostro joven bajo un corto cabello rubio ceniza, de una inocencia y una belleza que Lucius estaba impaciente por destruir.

—En tu interior sabes que no es así: quieres saber por qué has vuelto. Y me has buscado porque quieres medirte con un espadachín tan hábil como el cuervo que te mató.

—He oído que eres bueno.

—Soy el mejor de mi legión.

—Eso no me dice mucho.

Lucius se colgó el látigo al cinto y entró en el círculo de duelo.

Sanakht desenvainó sus espadas, una cristalina y reverberante de fuego arcano, la otra una mera espada de energía.

Lucius desentumeció los hombros y lanzó un par de estocadas al aire para relajar la muñeca. Había estado combatiendo contra sus hermanos como entrenamiento, pero se había estado conteniendo para no matar a ninguno después de Iydris; allí, por el contrario, no tenía aquella limitación. Comenzó a moverse en círculos alrededor de Sanakht, estudiando su equilibrio y sus movimientos: vio fuerza y velocidad en ellos, una confianza que se había convertido en arrogancia; era tan parecido a sí mismo que casi le resultó gracioso.

—Te aseguro que te venceré en…

Lucius atacó antes de que el guerrero de los Mil Hijos pudiera terminar la frase. Sin embargo, éste paró todos sus ataques con gestos casuales que no denotaban esfuerzo alguno.

Se separaron y volvieron a trazar círculos frente a frente, estudiándose mutuamente, lanzándose estocadas obvias para medir el nivel del otro.

—Tienes un don natural. Pero yo he estudiado cada escuela de esgrima que ha existido desde que se blandió la primera espada en la antigua Terra.

De nuevo se abalanzaron uno contra otro en un torbellino de hojas. Sanakht era tan veloz que sus espadas eran casi invisibles, sus dos armas moviéndose en perfecta sincronía. Lucius también era capaz de luchar a dos manos, pero prefería concentrarse en una sola hoja. Las dos de Sanakht trazaban cortes altos y bajos, y le exigían el doble de esfuerzo para defenderse de ambas.

—Tus pensamientos te traicionan —Lucius percibió el tono de diversión en la voz de su oponente—. Luchas con pasión, pero puedo sentir cada uno de tus ataques antes de que los acometas.

—¿De verdad me estás dando consejos sobre técnica?

Sanakht se apartó a un lado dejando pasar la hoja de Lucius.

—Soy un estudioso del saber marcial, y mi deber como erudito es transmitir mis conocimientos a otros.

—Gracias, pero no necesito tu ayuda.

—Tu postura es manifiestamente incorrecta… —añadió casi para sí el guerrero hechicero.

La rabia se apoderó de Lucius, pero en lugar de controlarla, dejó que lo ahogase: un espadachín rabioso cometía errores, pero en aquel momento necesitaba esa furia. Se lanzó contra su oponente descartando cualquier noción de defensa, sólo con su muerte en mente. Quería cobrarse la vida de aquel perro arrogante, cortarlo sin piedad, sin ningún tipo de fineza: quería darle una muerte fea. Sanakht respondió con una serie de paradas vertiginosas, pero Lucius siguió atacando sin darle un respiro, forzándolo a retroceder hasta el borde del círculo, saboreando la confusión que comenzó a nacer en los ojos del legionario. Sanakht ya no era capaz de percibir los pensamientos de Lucius en medio de aquel pantano de cólera. En un intento por lograr alguna ventaja, estaba recurriendo a las enseñanzas de escuelas cada vez más antiguas. Pero aquello no fue suficiente.

Lucius deslizó su hoja bajo la espada de energía de su contrincante y con un giro arrancó de su mano el arma. En el instante en que desplazó el brazo del guerrero y abrió su defensa le propinó una patada en la ingle y lo golpeó con la empuñadura de su espada en aquella suave y agraciada cara. Sanakht se tambaleó, dando un paso atrás, alzando su otra arma para protegerse, pero con otro brutal movimiento Lucius la apartó a un lado e inmediatamente trazó un arco de vuelta con su propia

espada dirigido a abrirle la garganta. Sin embargo, la hoja plateada se detuvo a un centímetro del cuello de Sanakht como si hubiese golpeado contra una roca. La vibración del impacto recorrió el brazo de Lucius, quién golpeó con su puño libre la mandíbula del otro guerrero.

—¿Brujería? ¿Has empleado tus poderes para salvar tu miserable pellejo?

—He sido yo.

Lucius se dio la vuelta al oír otra voz, apartando su espada del cuello de Sanakht. Otro guerrero en servoarmadura roja los observaba desde el límite del círculo. Una negra capa de plumas iridiscentes caía sobre sus hombros.

—¿Y quién eres tú para perdonarle la vida?

—Soy Ahzek Ahriman. Y muy pronto necesitaré a Sanakht.

FIN DEL RELATO